

DEFENSA DEL ARTE

POR HECTOR RAURICH

I. ESTÉTICA Y MARXISMO. Sólo muy condicionalmente es posible aludir a una concepción marxista del arte. En realidad el marxismo carece aún de una estética vertebrada al conjunto de su filosofía. En éste como en muchos otros dominios de su pensamiento, lo más importante está todavía por hacerse. El problema ha sido accidental y fragmentariamente abordado por algunos de sus pensadores. Pero ni todas las vistas son armónicas, ni los principales problemas han sido enfocados, ni, en fin, existe una estructuración orgánica de las ideas fundamentales. Las cuestiones más delicadas y complejas, se hallan en pleno proceso de elaboración. El materialismo histórico, es la base obligada de toda especulación que pretenda ser consecuente en el interior del marxismo. Y en tal carácter suministra un criterium para el estudio de los problemas estéticos. Pero es preciso subrayar acentuadamente que en este aspecto nos encontramos aún muy distantes de haber logrado la precisión y el rigor en las conclusiones alcanzadas en materia económica y política. Naturalmente esta aseveración no significa que en tales materias la investigación y las discusiones hayan terminado. Por el contrario el marxismo se singulariza por una crítica permanente de sus ideas, en función de las nuevas experiencias. Es lo que económica y políticamente le ha permitido enriquecerse de modo incalculable, en el transcurso de los últimos seis lustros. Pero en lo que hace a los principios cardinales, la diferencia entre una y otra esfera de la especulación es evidente y enorme. El ritmo con que se desarrolla la filosofía propia del marxismo retarda considerablemente respecto del desenvolvimiento de su teoría y de su práctica políticas, lo que es explicable por otras

razones que no vienen ahora a cuento. Sin embargo no podría inferirse de este desequilibrio que el progreso teórico del marxismo no sea un hecho o lo que aún es más falso que no sea posible. La revolución rusa, y la presente crisis del capitalismo han actuado y continúan operando como un poderoso factor de su progreso ideológico.

Las faenas a realizar en lo que atañe a la ciencia del arte, por quienes deseen laborar en el espíritu del marxismo, consiste, en una revisión crítica de las tesis sostenidas por el materialismo tradicional en estética, a la luz de la dialéctica, como método y concepción filosófica, y del materialismo histórico en particular. Una profunda y original renovación de la estética es esperanza realista en tanto se la conciba bajo aquella perspectiva y se trabaje con aquel método. Tarea que alguna vez habrá que emprender y que como puede advertirse es muy diversa al inocente juego de aplicar fórmulas políticas de agitación a cuestiones disímiles.

II. TÉRMINOS POLÍTICOS Y TÉRMINOS FILOSÓFICOS DEL PROBLEMA. Por lo general el problema es resuelto en forma y con procedimientos políticos, soslayando su verdadera naturaleza que no es política sino filosófica.

No es con un criterio estricta y abstractamente político con el que puede apreciarse la función revolucionaria de una determinada concepción del arte. Por sí mismo el concepto de clase es inadecuado para permitirnos una visión exacta del problema. «—Hay un arte burgués, luego debe existir un arte proletario o revolucionario que le mueva guerra—» se dice. Este razonamiento simplista desorbita el problema, lo saca de su quicio natural y concreto, tergiversando sus términos. Semejante transposición de la lucha de clase al plano del arte es arbitraria. No porque afirme una cierta relación entre arte y política, relación innegable sino porque extralimita y falsifica el modo en que esta relación se produce.

No se trata de investigar cuál sea la concepción revolucionaria del arte. Y esto por un motivo elemental. No hay, no puede haber, una concepción revolucionaria del arte. El asunto es diverso y estriba en determinar o crear su concepción verda-

dera. Existen concepciones más o menos verdaderas o falsas. He ahí todo. Lo que puede ser revolucionario o reaccionario son las consecuencias. La concepción busca la verdad de las cosas que luego se procura utilizar. En última instancia la concepción verdadera del arte jugará una función revolucionaria, pero esto porque es verdadera, y no a la inversa, que sea verdadera porque es revolucionaria. De lo contrario correríamos el albur de transformar a Marx en un menguado discípulo de James. Lo que se puede y se debe exigir de una concepción estética determinada, es pues, que sea verdadera. Lo demás será dado por añadidura.

Como teoría, el marxismo es revolucionario porque dimana de una concepción, y de un método, que trasuntan verazmente la realidad histórica y en especial la sociedad capitalista. No otra cosa quiere significar el aforismo ya clásico, según el cual, el socialismo es una doctrina científica. El fascismo es en cambio reaccionario y utópico porque es una ideología inapta para captar la verdad objetiva de la historia contemporánea.

Nuestra actitud *política* en la esfera de la cultura, y particularmente en el dominio del arte, consiste en reivindicar su socialización y hacerla efectiva cuando llegue el momento. Esta actitud es además *revolucionaria* porque subordinamos su logro al triunfo de la revolución socialista. Porque consideramos que el ascenso del proletariado al poder, representado por el partido que es su vanguardia e instaura la dictadura transitoria de su clase, constituye la única garantía, para elevar las masas oprimidas y excluidas hasta ahora de la vida espiritual, al nivel de la cultura y del arte.

Tales son los términos políticos y revolucionarios del problema; discútanlos quienes los consideren erróneos y en especial aquellos que siendo políticamente socialdemócratas se reclaman a grandes voces adeptos del llamado arte revolucionario, a tiempo que sindicán como reaccionaria nuestra opinión.

Los términos filosóficos y estéticos son otros y expresándonos figuradamente diremos, que la mejor política es no confundirlos.

III. LA REALIDAD SOCIAL Y EL ARTE.

Desde luego, todo arte es necesariamente social dado que la naturaleza del hombre y su vida son también sociales. Nada de lo que produzca la humanidad puede carecer de tal carácter que es por definición el suyo. Es tan inverosímil un arte a-social como la formación de un lenguaje fuera de toda comunidad. Lo mismo que las otras creaciones humanas el arte presupone imprescindiblemente la sociedad, y es fuera de toda duda una resultante histórica.

El error de las teorías que hacen del arte la exclusiva expresión de un instinto biológico y psicológico, como las que indagaran su origen y su razón de ser en una presunta naturaleza humana invariante y absoluta, finca en la ignorancia de su carácter esencialmente social; se fundan en una falseada imagen del hombre. Como éste, que lo crea, el arte no es una mera actividad biológica ni la realización contingente de una idea intemporal. El marxismo se opone por igual al materialismo mecanicista e ingenuo de las primeras, como al idealismo, en definitiva, siempre teológico, de las últimas. Tan irreal es ver en el hombre nada más que el ser biológico, como destacar para tipificarlo el pensamiento, que sólo es una de sus facultades, es decir, en ver en él solamente el ser racional.

Con el hombre la vida se eleva a su forma más alta, alcanza su estado más complejo de organización: la convivencia social.

De simple organismo biológico, el hombre se transforma en un ser social, se hace hombre en la acepción verdadera del vocablo, como lo insinúa el concepto aristotélico, según el cual, es un *zoon politikon* o, el más explícito y profundo de Marx para quien «El hombre es no sólo el hombre sino el mundo del hombre, la sociedad».)

En la realidad social, complejo de relaciones con el medio natural y de los individuos entre sí, el ser humano se conforma ya según un determinismo y un proceso sui géneris e infinitamente más complicado del que rige la evolución de los seres inferiores. La acción directa de la naturaleza sobre el individuo biológico, se mediatiza a través de un utilaje y un proceso técnico de producción, con el cual la sociedad coloniza, domina, socializa, y recrea la naturaleza. La fuerza determinante y ciega del medio telúrico disminuye y correlativamente respecto de

ella acrece el hombre su potencia y su libertad creadoras ¹⁾. La psicología, y aún la biología, como todas las formas y funciones del ser humano, se regulan y matizan entonces según las leyes de aquel proceso. Lo natural, lo biológico, lo psicológico, es en el hombre condicionado, moldeado y transformado socialmente. Se relativa y se califica todo en función del medio social y de la vida histórica, que, lejos de anular las conquistas de la especie como la inteligencia y su capacidad para el conocimiento verdadero, y el dominio utilitario del cosmos las exalta progresivamente bajo nuevas y más sutiles variedades, a su grado paróximo.

Acaece lo propio con la necesidad y el sentimiento de la belleza que, común a ciertos organismos inferiores y al hombre, se metamorfosean radicalmente con la aparición de esta forma superior de la vida. Su esencia, no es ya meramente biopsíquica, sino social, y su módulo de mudanza, la ley y el módulo de la mudanza histórica. Sus contenidos y sus modalidades varían y se rehacen históricamente.

Con las primeras formaciones sociales aparece así el arte, que como la ciencia, no precede a éstas, puesto que el conocimiento y el instinto que los engendra, sólo en el hombre, revisten su más desenvuelto y cumplido carácter de funciones creadoras y plenamente conscientes. Germinan y sazonan siempre bajo un clima histórico concreto, determinados por un medio social, económico, político, ético y estético en el sentido de la tradición artística, medio que por rutas y maneras directas o reflejas, reverberan, registran, e interpretan, en la amplitud de su gama. Una y otro, son por lo tanto, necesidades, vocaciones, actividades, fines, valores y labores sociales o humanas. O diversamente expresado: la realidad artística es un modo de la realidad social; la actividad artística, una actividad creadora del hombre concebido como ser social. O todavía: el arte es un proceso social.

¹⁾ Aludimos aquí al concepto dialéctico de la libertad.

IV. NATURALEZA Y VALOR
ESPECÍFICOS DEL ARTE.

Pero estas consideraciones, no hacen más que ubicar el arte como fenómeno social; revelan exclusivamente su carácter genérico y abstracto, lo que le asemeja a otras manifestaciones de la vida humana. Exactamente lo mismo podría decirse de la política, del derecho, etc. Ellas también son actividades sociales, centradas en el hombre y en la urdimbre de relaciones dinámicas que lo envuelven y determinan. (La caracterización del arte como fenómeno social, evidencia su naturaleza social abstracta, no su naturaleza social concreta. Esta dimana de su especificidad, papel y naturaleza propias, no de su semejanza con otros aspectos de la realidad social, o de la actividad humana. Lo social y lo humano, es en el arte, artístico. El arte es tanto más social cuanto más artístico. La realidad histórica y el ser humano en su integridad viven y trascienden sólo en la especificada actividad social o humana concreta: en la política, en la ciencia, o en el arte, etc.

Lo hemos dicho ya, el arte es un proceso social, pero un proceso social de índole peculiar, y es en esta peculiaridad en lo que consiste su esencia o sea lo más trascendental para el análisis estético.

El arte es ante todo ARTE, así pues, al igual que la Ciencia exige y merece la categoría de la mayúscula. Posee una especificidad que constituye su modo privativo de ser, su sustantividad. (Esto es lo que no sólo no puede negarse, pero tampoco, y es tan importante lo uno como lo otro, relegarse a un rango subalterno. Lo que hay de específico en el arte y lo que constituye su valor intrínseco e independiente, es aquello que la estética debe elevar a primer plano y destacar con preeminencia, eludiendo así el riesgo de condenarse como tal estética. No debe promiscuarse con ésta la cuestión de saber a quién sirve el arte y en qué medida puede ser desnaturalizado por el estrabismo de clase que alguna vez altera la visión del artista.

A toda esquemática sectaria, el marxismo debe contraponer una idea del arte y de la ciencia, en la que se estime su rol preciso y objetivo, su misión progresista, y el valor permanente de sus resultados. Porque, él mismo, es el colorario forzoso de su evolución y deriva directa y más próximamente de los descubrimientos y avances filosóficos y científicos de la época burguesa.

El escritor ruso Voronsky, uno de los más agudos críticos de arte con que haya contado el marxismo —y ha contado muchos y de eximias cualidades, de Franz Mehring a Guillermo Hausenstein— es quien, a nuestro parecer, ha visto con mayor lucidez y hondura en este problema. Escribe, analizando el concepto del arte y su cometido: «El arte es conocimiento de la vida en forma de intuición sensible, por medio de imágenes. Lo mismo que la ciencia *el arte nos da verdades objetivas*. . . . Los sentimientos del poeta tienen un interés humano o de clase. . . . — y más adelante: entre los fines que la clase confía al sabio y al artista, el más importante se reduce al conocimiento preciso y experimental de la vida por cuanto ello es necesario a la clase. A veces este fin se asigna consciente o inconscientemente en el sentido de que el artista o el sabio deformen la realidad: *entonces el resultado es la pseudo ciencia y el pseudo arte* »²⁾.

Puede discreparse con Voronsky en lo que se refiere a su noción del arte. Por nuestra parte no la suscribiríamos, sin previas restricciones, sobre las cuales no es ésta la oportunidad de explayarse. No se puede disentir sin embargo respecto de la especificidad del arte vigorosamente señalada en ella. El arte es intuición por antítesis con lo conceptual, e intuición de lo objetivo de la vida, de la realidad, naturaleza e historia.

¿Qué clase de intuición? Sensible, nos aclara Voronsky colocándose en una posición materialista opuesta a la de Croce y con cuya definición del arte como se habrá notado guarda una notoria similitud, aunque en antagonista postura filosófica. Cabría preguntar: ¿Pero es que toda intuición sensible es artística? Y además: ¿El arte es sólo conocimiento? Pero como decíamos, son esos reparos, que no es nuestro propósito debatir y dilucidar en estas notas. Lo que ahora nos importa, es cargar el acento sobre lo distintivo del arte, *su propiedad de aprehender lo objetivo mediante formas y métodos singulares y a pesar de cualesquiera influencias que puedan gravitar sobre él, conspirando contra sus fines*. Esa y ninguna otra es la función específica del arte, esos y privativamente esos, sus métodos y formas, su técnica única, su lenguaje insustituible e invertible

²⁾ Citado por V. POLONSKI, *La literatura rusa de la época revolucionaria*, pág. 182-183.

a ningún otro, ese y nada más que ese, su valor intrínseco que rige su autonomía de cualquier otro valor.

Si se hiciera consistir la teoría del arte por el arte en esta especificidad y supremacía del valor artístico sobre todo otro valor, en la obra de arte, nada nos obstaría a compartirla absolutamente.

Innegablemente el arte se halla al servicio de una clase. Pero esto no se relaciona con su naturaleza, sino con su aprovechamiento y con la aptitud material y espiritual que para ello es menester.

La belleza, lo artístico, o como quiera denominársele, de acuerdo al concepto que del arte se profese, no se descubre o se crea independientemente del proceso histórico, del nivel de productividad de la economía, ni de los intereses de las clases. Tampoco se halla del todo depurado o exento de las limitaciones, rasgos psicológicos y prejuicios de las clases en lucha, sean burguesas o campesinas, medias o proletarias. Toda obra artística es signada por el tiempo histórico en que nace, pero lo bello, lo artístico, con prescindencia de todo eso es, y es algo distinto, que pervive y vale independientemente en cuanto provoca esa emoción y ese placer, también típicos, que son la emoción y el placer estéticos, y en cuanto como tales valores, se incorporan al acervo viviente de la cultura universal. También en esta significación el arte es humano.

Esta actitud positiva acerca de la objetividad de la obra de arte y de su valor permanente, sin dejar de admitir el hecho de la evolución artística, es el único criterio que puede justificar la continuidad histórica del sentimiento estético que aunque cada más afinado y perfecto continúa empero apreciando las del pasado, aprendiendo en ellas y gozando de su belleza.

Negar esta posibilidad de una visión científica y artística objetivas, equivale a enmurarse en una filosofía de credo solipscista o escéptico.

La evolución social no se opera negando, o destruyendo los valores creados a través de la historia, antes bien, se realiza conservándolos y asimilándolos a la vida ulterior. El materialismo histórico afirma la negación, pero no la negación absoluta, sino la relativa y crítica como pródromo de una síntesis superior. Toda nueva forma social incorpora a sí misma los

progresos conquistados por las anteriores, y es una síntesis superada de las formas que la precedieron. El socialismo económica y culturalmente requiere así como condición, *sine qua non*, para su desarrollo, las más avanzadas conquistas del capitalismo. Es desde este punto de mira que ha podido decirse: « Hay que tomar toda la cultura que el capitalismo nos ha dejado, y con ella organizar el socialismo. Hay que tomar toda la ciencia, la técnica, los conocimientos, el arte, sin lo cual no podremos organizar la vida de la sociedad comunista »³⁾.

V. ARTE Y PROPAGANDA Y
ARTE DE LA REVOLUCIÓN.

Se tenga o no conciencia de ello, la corriente que propugna la fórmula del arte-propaganda presupone una tentativa de transformar el arte en ciencia. Significa en una u otra proporción el olvido de su carácter, valor y fin intrínseco, para substituirlos por otros valores y fines pedagógicos o políticos. Esta que es su definición y su propósito, es a un mismo tiempo su falla y la razón de su invalidez como norma estética.

Si existe un punto en que las más dispares estéticas se acuerdan es precisamente en este de oponer irreductiblemente la ciencia y el arte. « Aquélla analiza, éste sintetiza; la ciencia es abstracta, el arte es concreto, la ciencia se dirige a la inteligencia del hombre, el arte a su naturaleza sensible. La ciencia aprehende la vida con ayuda de ideas, el arte con ayuda de imágenes, en forma de intuición viva y sensible »⁴⁾.

El arte no puede ser doctrinario, invadir dominios que no son los suyos sin desnaturalizar su esencia y su cometido. El arte debe de ser artístico o de lo contrario no es arte. No es política, ni filosofía, ni ciencia, ni moral, ni teología. Es Arte y con esto basta. Es social pero no sociológico.

Proclamar como programa estético el primado de la política en el arte, es renegar del arte y del marxismo a la vez. La propaganda es cosa de la convicción y del concepto.

³⁾ El lector comunista puede tranquilizarse, la frase transcrita pertenece a Lenin.

⁴⁾ VORONSKY. Citado por V. Polonski en la obra ya mencionada, pág. 181. Compárese con la *Estética* de B. CROCE, cap. III. *Arte y Filosofía*, págs. 67 y sig. de la edición española.

Acertadamente escribió Plejanov: « Si el escritor en vez de operar con imágenes opera con deducciones lógicas, o bien si esas imágenes son inventadas por él con objeto de llegar a la demostración de determinada idea, en ese caso deja de ser artista para convertirse en publicista, aun cuando no escriba artículos ni tesis sino novelas y cuentos y obras teatrales »⁵⁾.

El arte no se propone demostrar nada, se propone únicamente mostrar, no intenta *defender* nada, sino exaltar a ritmos artísticos, diáfana y estilizadamente la vida múltanime: lógica e ilógica, sublime y menesterosa, trágica o ridícula.

(Por la visión objetiva, la ciencia, tiende a prever para actuar; por la intuición objetiva, el arte, a expresar para contemplar y revivir la vida, más acendrada, más plena, más luminosamente. Su fin es utilitario pero en orden a la emoción y al goce estéticos. Carece de tema preciso; nada es con preferencia objeto suyo porque todo puede llegar a serlo. Incluso la política. Si la belleza fuera una divinidad sería una divinidad panteísta. El arte no reconoce limitación de asunto, la más abstracta de las ideas filosóficas, y el más trivial de los motivos, puede ser su pretexto, pero a condición de que se los transubstancie artísticamente. En la obra artística se recogen los más variados elementos, pero son conjugados en ella artísticamente y en mira de valores emotivos.

¿Quiéreme decir que es imposible un arte revolucionario? Según . . . Si el arte revolucionario es entendido como arte doctrinario, como propaganda de un ideario político, destinado a despertar una conciencia revolucionaria, a convencernos de la verdad que encierra un conjunto de principios, negamos rotundamente la posibilidad de este arte. Negamos, no el hecho de que se creen obras de tal carácter sino su valor artístico. Se hará política so capa de hacer arte. Y es asimismo probable que con ellas no se haga ni una cosa ni la otra.

Pero si en vez, se habla de un arte de la revolución, deseando con esto referirse a que su temática será la revolución viva, operante, ora derrotada, ora triunfante, bajo sus múltiples manifestaciones, en sus ricos episodios, y antagonismos, la vida revolucionaria objetiva desde su más recóndita resonancia lírica

⁵⁾ G. PLEJANOV, *El Arte y la Vida Social*, pág. 54.

hasta la épica de masas, entonces no sólo creemos que tal arte es posible. Creemos aún más, que será y que es, uno de los temas artísticos principales de nuestra época. Pues el devenir revolucionario comprendido como una vasta transmutación del régimen social presente, que se inició con las primeras luchas proletarias y sólo terminará con la creación de un tipo socialista de civilización, pone su ánimo y su impronta, su angustia y su alborozo, en todo, en la niebla y en el amor, en la luna y en la rosa. Y eso, sin tesis ni programas, plataformas ni siglogismos, es reflejado por el arte. La significación revolucionaria es inmanente a la vida misma, y desde que la revolución se hace alma, no quiere convencer por medio del arte —para ello conoce mejores caminos— le es suficiente con expresarse. Arte así, arte verdadero, han hecho con la revolución y en la novela por ejemplo: Dos Passos en *Manhattan Transfer* y Erenburg en *Rapaz*.

Pero de ninguna manera será éste, el pretendido arte proletario. No ha existido ni existirá jamás un arte de clase, la alusión a un arte burgués, feudal, etc., comprende la totalidad de una época y no la parcialidad de una clase. El arte burgués es el arte del tiempo y de la civilización capitalistas. La clase burguesa no es toda la civilización burguesa. Bien que la clase dominante imponga su cadencia y sus rasgos a las demás, no se trata de un hecho absoluto. La época no es esta clase, ni su fisionomía es la suya. Capitalismo y burguesía no son términos sinónimos. La época capitalista —y podría extenderse este concepto a la antigua y a la medieval— es la unidad histórica y dialéctica de sus clases fundamentales y demás capas sociales intermedias, basada en un orden económico determinado. Pero tampoco en este sentido habrá un arte proletario, porque no habrá una época y una civilización proletarias. Trotzky lo expresa con su precisión habitual: «La dictadura del proletariado no es la organización productiva cultural de una nueva sociedad, sino un régimen revolucionario de combate para la lucha por esta sociedad»⁶⁾. A diferencia de todas las clases que le antecedieron en la conquista del Estado la clase obrera tiende por virtud de la ley histórica que la rige a negarse a sí

⁶⁾ *Literatura y Revolución*, pág. 172.

misma, creando las bases de una sociedad sin clases, de una sociedad socialista o socializada. O dicho con términos de Marx: «El proletariado no puede liberarse a sí mismo sin liberar a toda la humanidad».

Habrà sí, un arte de la era comunista; pero éste no se configurará como piensan algunos en consonancia con las pautas del arte-purismo. No será un arte «de las formas y por las formas mismas, de las texturas y por las texturas mismas».

El arte-purismo es una tendencia que exagera los valores formales en la interpretación artística de la realidad, hasta reducirla casi exclusivamente a ellos. Quizá en esta tendencia se espeja el alma desconsolada de una clase que tramonta inepta para pulsar el sentido nuevo de la vida, y cuya caricatura es aquel escultor de Cendrars en el «Plan de la Aguja» que se había vuelto loco y creía haber llegado al colmo de la perfección esculpiendo en los icebergs puras formas geométricas.

De ahí la delectación arte-purista en un vacío formalismo que —dicho sea de paso— y no obstante sus defectos, no carece de eminente valor artístico, pues las formas pueden valer independientemente de su contenido.

Y erran quienes creen que pueda ser éste el ideal del arte comunista. No. Como el de todas las épocas, el de ésta, tendrá también su contenido. Celebrará la divinización del hombre y su potencia creadora infinita, la liberación de Prometeo, el advenimiento del Superhombre, la reivindicación de Luzbel, el humano y caído ángel de la mitología cristiana, al fin, victorioso.

Y dirá también su tristeza y su tragedia.

HÉCTOR RÁURICH.